
La Fabricación de dioses



(4 de abril de 1848 – 22 de abril de 1931)

BEVERLY CARRADINE

Un poder extraño y terrible que le ha sido dado al hombre es el de hacerse dioses. No importa cuán pocos talentos tenga, o de cuánto éxito carezca en otras áreas de la vida, cuando de fabricar dioses se trata, el hombre siempre sobresale. Al fabricar con éxito uno, pronto fabricará muchos.

Con sorna e ironía el profeta se dirige al pueblo idólatra diciendo: “Hace además un dios, y lo adora; fabrica un ídolo, y se arrodilla delante de él. Parte del leño quema en el fuego; con parte de él come carne, prepara un asado, y se sacia; después se calienta, y dice: ‘¡Oh! me he calentado, he visto el fuego; y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo’”.

Pero ni este argumento ni muchos otros lograrán detener a los fabricantes de dioses en su producción. De tal manera es así que los griegos, a pesar de ser tan intelectuales, tenían 33.000 dioses falsos. Roma tenía otra cantidad similar; y el África, una multitud. Ninguna tribu, por atrasada o pobre que sea, se ve pobre cuando se hace recuento de sus dioses. Son legión. Los hay de bronce, hierro, madera, piedra y cualquier otro material – menos de espíritu.

Aun en la culta América tenemos tantos dioses como en los países antes mencionados. Los hombres aún fabrican dioses con furia. Es cierto que en este país se tienen mejores conceptos acerca del Ser Supremo que los que son producto de las religiones asiáticas o africanas. Se sabe que Dios es espíritu y no se le da la forma o imagen que le dan los paganos. Sin embargo, todos los falsos conceptos acerca de Dios son idolatría. Todas las ideas erróneas que le restan a Él ciertos atributos morales o niegan su voluntad, su palabra o su obra, inevitablemente hacen de Dios un ídolo o dios falso.

Es admirable ver con qué sacrilegio y audacia los hombres manosean al Todopoderoso. Le restan atributos, y lo visten de cualidades que Él claramente niega tener y que son ajenos a Su carácter. Por supuesto, el resultado es un dios falso.

Evidentemente, el Dios de la Biblia no les conviene a la gente de estos días. Por lo tanto, se han propuesto reducirlo, pulirlo, y limarlo a su antojo. Luego, le agregan a Su carácter rasgos mundanos; le atribuyen debilidades; y, en general, lo degeneran tanto que resultan creando para sí un dios diferente a quien adorar. Pero, al fin, encontrarán que su dios carece de poder para salvarlos.

Da pena ver tantas congregaciones en este país que adoran a un Cristo falso. Casi lo único que queda del verdadero Salvador es el nombre Jesucristo. Que cierto hombre divino llamado Cristo murió en el Calvario hace unos dos mil años es el único hecho veraz que usan como punto de partida. Todo lo que fabrican a partir de allí es obra de sus manos. En vez de ajustar sus ideas y sus vidas al único Santo de la Biblia, lo alteran de modo que se ajuste Él a sus caminos pecaminosos y mundanos. De manera que, un Cristo indulgente es el que se erige en sus iglesias como objeto de adoración.

Este su dios es indiferente a los placeres y negocios de sus seguidores. Le viene flojo los juegos de cartas, la asistencia al cine y los viajes dominicales de sus seguidores. Él se hace de la vista gorda en cuanto a las mentiras blancas, los chismes, y las muchas diversiones de la familia y de la iglesia.

Él se siente perfectamente satisfecho con que su pueblo asista al templo dos veces el domingo, le cante uno o dos himnos, y se incline levemente ante Él desde sus bancas. Si le resulta conveniente asistir al servicio de oración los miércoles, pues qué mejor. Pero el resto de la semana lo podrá pasar dónde y cómo quiere. A este dios le da igual.

A mí no me cabe la menor duda que hay iglesias que se podrán llamar “Iglesia del Redentor” o “Iglesia del Mesías”. Pero si el verdadero Cristo, tal como Él es, llegara a caminar por los pasillos, la congregación no lo reconocería. Si predicara tan sólo un sermón, jamás querrían escuchar otro. Si persistiera en reprenderles ellos le darían muerte al igual que lo hicieron los judíos con Cristo. Muchas congregaciones adoran a un Cristo puramente imaginario. Han fabricado un dios que les conviene. Las líneas divisorias entre el bien y el mal están tan borrosas que no sólo se permiten cosas dudosas, sino asuntos claramente prohibidos por la Ley y el Sermón del Monte.

El Cristo de la Biblia, que demanda una total consagración, un servicio devoto, y el derecho de echar fuera cualquier rival del corazón humano, es uno. Pero al que ellos llaman Cristo, que permite componendas, seguidores de medio ánimo, pecado y mundanalidad, es otro totalmente diferente. El primero es el verdadero Dios; el segundo, un dios falso fabricado por el seguidor e incapaz de salvar una vida, consolar a la hora de la muerte o de salvar en el Día del Juicio.

En mis andanzas, con frecuencia he escuchado la siguiente expresión: “Mi Dios me permite hacer esto o aquello”. Aunque no haya escuchado la defensa, he sentido que el pecado en alguna de sus formas estaba siendo encubierto. En varias ocasiones vi la evidencia que confirmaba mis sospechas.

Yo explico los pensamientos de estas personas así: el hombre, al tener claramente prohibido por Dios el cometer ciertos hechos o actuar en ciertas formas, inmediatamente procede a fabricar para sí un dios que le permita hacer cualquier cosa que a él se le antoje. A esta deidad fabricada, él

le llama “mi Dios”. Al paso del tiempo le oímos decir: “Mi Dios me permite jugar a las cartas o ir al cine, etc., etc.”

Estos dioses, por supuesto, son muy variados, pues no todas las personas aman los mismos pecados. Por lo tanto, difieren los unos de los otros y son, a la vez, muy numerosos. Si una población consta de tres mil habitantes, con toda seguridad podremos decir que habrá mil dioses falsos en esa comunidad. En una ciudad de un millón habrá una colección de deidades fabricados que haría que los 33.000 ídolos de los atenienses parecieran la escolta de un solo oficial.

Es razonable que, si alguien tiene una lengua filosa y calumniadora, tendría necesidad de crear para sí un dios que le permita desenvainarla. De manera que pudiera darse el lujo de exponer su vocabulario hiriente y su espíritu cortante, y aun darse el lujo de decir que Dios continúa mostrándole su aprobación. El Dios de la Biblia se ha declarado en contra de tales expresiones y de tal espíritu. Entonces, los hombres erigen sobre un altar al dios falso que fabricaron. Y con manos manchadas con sangre del buen nombre del prójimo, estas personas ilusas alzan su rostro y declaran: “Mi Dios me permite hacer esto”, o “Mi Dios continúa bendiciéndome y prosperándome”, a pesar de tales cosas.

Si un hombre quiere divorciarse de su esposa por otra razón que no sea la que permite la Escritura, él se encuentra con la necesidad de crearse un dios que lo apruebe, pues del Dios verdadero lo prohíbe. Por lo tanto, no tenemos que recorrer mucho camino hoy para oír decir: “Mi Dios me permitió el divorcio porque nosotros no somos compatibles”. ¡Otro fabricante de dioses!

Si a una persona le gusta calumniar, o repetir malos informes acerca de su prójimo; si le gusta condenar sin derecho a respuesta; o alimentar los resentimientos de su corazón – tal persona tendrá que fabricarse un dios que le permita tal espíritu o tal forma de vida. Porque el verdadero Dios está en contra de tales pecados.

Nadie debe sorprenderse de oír a personas que son culpables de estas cosas ponerse en pie en las congregaciones y dar testimonio que Dios mora en ellos, y que nunca en sus vidas han gozado más de la experiencia cristiana que ahora. La explicación es que Dios ha sido fabricado al antojo de una vida sin amor y sin Cristo. Sus lenguas son más filosas que las de las serpientes y sus conversaciones son abusivas, detractoras y calumniadoras. Sin embargo, la expresión común que se oye es: “Mi Dios nunca ha estado más cerca de mí ni le he amado más que hoy. Él me satisface. Él me colma de sus bendiciones”.

A pesar de las atrevidas declaraciones, muchos de mis lectores recordarán que la presencia del Dios de la Biblia no se hizo sentir en ese momento. Cuando el profesante se sentó nuevamente, hubo un silencio peculiar; se notaba la falta de la unción; y, por el contrario, se sintió un ambiente inquietante y opresivo.

Los dioses falsos nos permiten un ojo y un brazo derecho que ofenden. Ellos conceden puestos a la mesa de Jezabel, y muchos favores y distinciones del mundo. No generan temores, ni auguran juicio venidero, sino adormecen al alma con doctrinas disparatadas y blandas acerca de una restauración final.

Es espantoso ver la confusión que experimentan a la hora de la muerte quienes han adorado dioses de su propia creación. Repentinamente, y con inexpresable horror se despiertan para darse cuenta que han estado adorando fantasías y vanas imaginaciones propias.

Se han encontrado con ilusiones que se les esfuman en vez de la Persona divina; y con confusión mental donde se requería del brazo del Omnipotente.

Estas personas se han rodeado de chispas que ellos mismos han encendido; y ahora, dice el profeta, se recuestan en su lecho de muerte con gran dolor. Equivocaron sus propios deseos por la dirección divina; su propio hígado por una indignación justa; y su trato inmisericorde del prójimo por celo del Señor.

Cristo mismo aseguró que nadie puede echar fuera demonios en su nombre y a la vez hablar mal de Él. Sin embargo, estas personas condenan y dan las espaldas a todos los que no “les siguen a ellos”, no importándole cuán claros milagros de la gracia estas mismas personas efectúan en el nombre de Cristo. Esta externa anomalía y contradicción es confundida con fervor religioso, y este cristo tan ajeno al Cristo de la Biblia es su Señor.

Por supuesto, a la hora de la muerte Dios no se hace presente para auxiliar ni salvarlos. El verdadero Dios habría sido sustituido por un dios falso. Este no sólo resultó, carecer de todo poder para librar; sino que, siendo un mero concepto vano, no estaba presente para consolar. Por lo tanto, el alma así engañada flaquea ante la oscuridad y la desesperación de la hora de su muerte.

¡Cuánto mejor servirle al Dios verdadero, aunque nos cueste no sólo el ojo derecho, la mano y el pie, y todo el mundo además! ¿Qué son para nosotros nuestros miembros si con ellos somos echados al lago de fuego? ¿Qué le aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma?

Si el lector tiene un dios, que lo lleve ahora mismo a la Biblia y lo compare con el Santo Ser que allí se revela. Si existen discrepancias, estará claro que se habrá cometido el prodigioso error de crear un dios en vez de recibir al que nunca tuvo principio. Deberá destruirse de inmediato al ídolo, deberá abandonarse lo falso y adherirse desde ahora y para siempre al único Dios verdadero, sublime por sobre todos y bendito por siempre jamás. Es infinitamente mejor descubrir en esta vida que ha cometido un gran error espiritual; y no a la hora de la muerte, cuando los sentidos fallan, y la mente flaquea, los demonios acechan, y todas las sensaciones extrañas y paralizantes azotan cual oscuras olas sobre el alma.

Sería algo terrible que, jadeantes ante la muerte, mientras se vuelvan borrosos los rostros de nuestros seres queridos, mientras partimos de este mundo, descubramos que en lo que confiábamos en esta vida no era más que un triste engaño, una pobre imitación, un ídolo inútil, un dios de nuestra propia fabricación.

¡Ay del hombre que se haya fabricado un dios imaginario! Y al final de su vida muere . . .
¡SIN DIOS!